

SEGUNDA PARTE

PROPUESTAS

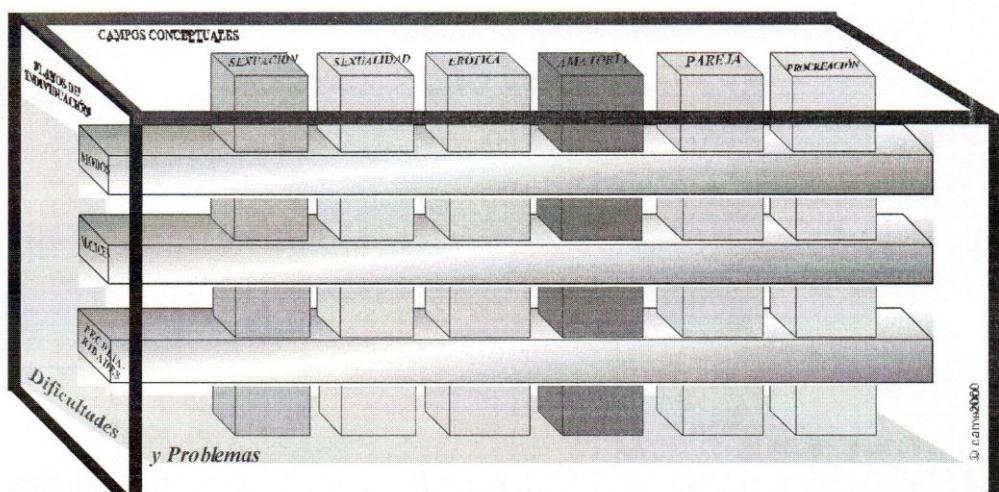
Vistas las bases de la idea de los sexos a través de la episteme, el paradigma, las teorías, los conceptos y, finalmente, la disciplina que los cohesiona, en esta segunda parte se presenta el objeto de estudio y conocimiento.

Se trata del Hecho Sexual Humano o, si se prefiere, de la Dimensión Sexual Humana y su mapa conceptual. Los mapas conceptuales se han hecho ya comunes en todos los campos para poder entenderse y circular en ellos. Su ventaja, en este caso, es la oferta de una articulación conjunta, formal y coherente.

El progresivo despliegue del mapa que aquí planteamos ofrece, de manera gradual, los distintos contenidos. Su complejidad es grande pero sucede así con todo mapa cuando nos adentramos por las distintas rutas de la orografía y, más allá del vistazo general, descubrimos los modos, matices y peculiaridades del terreno concreto. Es decir, su riqueza: sus variedades.

Por otra parte, las dificultades creadas por esta complejidad y estas variedades ha hecho con frecuencia centrarse más en sus miserias y ver menos las riquezas que el sexo puede ofrecer. El objetivo de esta segunda parte es presentar estas riquezas y acentuarlas más allá, o por encima, de las miserias a las que tanto hemos sido habituados.

EL HEHCO SEXUAL HUMANO



VI

LA DIMENSIÓN SEXUAL HUMANA

La sistematización de la idea de los sexos promovida desde su cuerpo teórico ha chocado con una fragmentación constante basada en la consideración dispersa de los distintos aspectos del sexo tal como ha sido promovida por las teorías menores. Los aspectos del sexo no son sino trozos o piezas sueltas —pizcas—, desgajadas de su episteme.

¿Puede plantearse un mapa teórico que facilite el acceso al conocimiento de la gran cantidad de elementos con los que contar a la hora de perfilar un estudio sistemático de la dimensión sexual humana? Éste es el objetivo del presente capítulo.

1. La sistematización

Sucede como en un rompecabezas: las piezas pueden usarse por separado, pero la idea de los sexos ofrece su anclaje y por ello su intento o búsqueda de explicación sistemática.

La idea de los sexos ofrece un marco global. Por eso hablamos de mapa conceptual del HSH : el Hecho Sexual Humano o, más propiamente hablando, la dimensión sexual humana. Decimos el *hecho* porque entendemos que se trata de un hecho, el hecho sexual o de los sexos como fenómeno constatable y empírico, constante y universal; pero sobre todo histórico, puesto que, a partir de una época emerge a la conciencia desde el conocimiento y se hace ineludible. Es la clave del paradigma moderno de los sexos.

Junto a *hecho*, decimos *dimensión* para resaltar el carácter de esa cualidad propia de la condición humana, más allá de sus funciones. Recuérdese: no es lo mismo la función que la dimensión. A la primera hemos solidado estar muy

acostumbrados, no así a la dimensión. La teoría del *locus genitalis* nos habituó a la función, la teoría de los sexos, ha innovado la dimensión.

Decimos *sexual* por ser relativo a los sexos, a uno y otro, a ambos, según su clave y episteme. Y, finalmente, decimos *humano* para referirnos a esta especie o, mejor dicho, a su condición humana que es y no puede no ser sino sexuada. El recurso a un mapa conceptual puede permitirnos precisar más y mejor este objeto de estudio y consideración.

2. El hecho y la dimensión

Con frecuencia hemos usado la fórmula del hecho sexual humano para dar cuenta de este fenómeno por entender que se trata de un hecho, un hecho empírico, un datum de la naturaleza del que se derivan otros más. Pero, a medida que se han producido debates y, sobre todo, a medida que ese hecho se ha revelado más potente y más complejo —de mayor envergadura— como un hecho de la cultura humana, más que de la naturaleza dada, ese hecho básico ha ido tomando la denominación de esta otra noción, o sea, la de dimensión.

En efecto, debido al predominio de las ciencias exactas y naturales sobre las humanas y sociales la noción de función se ha hecho más presente que la de dimensión. Si aquélla remite a la especie humana, ésta otra dice más relación a la condición humana. Ambas no son opuestas sino complementarias. Pero sucede que el mayor uso de unos términos y el menor de otros crea, con el tiempo, algunos equívocos.

Si es cierto que la noción de hecho da cuenta de ambos sentidos es preferible dejar constancia de ello para no reducir éste sólo a su significado empírico sino también para incluir en él los contenidos vivibles y experienciales que, en ocasiones, suelen ser excluidos y calificados como “meramente subjetivos”, así como los conceptuales que son los que más nos ocupan aquí.

Ningún hecho humano es un datum escueto u objetivo, es decir, sin modulaciones y repercusiones en la vida general. Tampoco éste. El hecho sexual humano —es decir, el hecho de sexuarse— es esta clase de hechos complejos y de grandes consecuencias y, por lo tanto, no reductibles a una función o a una de ellas, como es el caso de la reproducción, en el sentido que es usado con frecuencia por las ciencias naturales. Para incluir esta otra clase

de significados que responden a otros contenidos más propios de las ciencias humanas y sociales, hablamos de forma indistinta de hecho sexual humano o hecho de los sexos y de su dimensión, es decir, la dimensión sexual humana.

3. Los campos conceptuales

Este mapa general del hecho sexual humano o su dimensión ofrece, pues, por un lado, seis campos conceptuales (*Ver cuadro*), en horizontal, de Oeste a Este. Esos conceptos fueron ya descritos en un capítulo anterior.

Como se recordará, el concepto de *Sexuación* da cuenta del proceso y creación de las estructuras sexuadas de los sujetos, de todo sujeto, de cualquier sujeto; el de la *Sexualidad* que responde de las vivencias de esos mismos sujetos; el de la *Erótica* que, a su vez, da cuenta de sus deseos; asimismo, el de la *Amatoria* o *ars amandi* como su pragmática o, si se prefiere, sus conductas. Finalmente, el de *Pareja* como interacción o sinergia, o sea, relación que, en ocasiones, se traducirá en la *Procreación* de hijos o en otras formas. Hay parejas que adoptan. Las hay que crean otra clase de productos. El crear incluye hacer la vida y la historia, la cultura, los valores, etc.

Estos seis campos cubren la totalidad de los fenómenos que, dicho en términos de la metáfora que nos acompaña, configuran la orografía del territorio del hecho sexual humano. Todo lo que sucede a esos sujetos, y entre ellos, como tales sujetos sexuados, entra en alguno de esos seis conceptos. Por eso decimos que cubren la totalidad del Hecho de los Sexos.

En una obra anterior hemos descrito con detenimiento uno por uno, así como sus consecuencias en los sujetos como tales sujetos que 1) se estructuran como sujetos sexuados, se hacen sexuados; 2) se sienten y se viven como tales sujetos sexuados; y, por lo tanto 3) se desean; lo que lleva, finalmente, a 4) comportarse como tales. A ellos se ha añadido 5) el concepto de pareja en sus muy variadas formas; y, por último, 6) la procreación como campo de creación de nuevos sujetos.

4. Observaciones

A cada uno de estos campos conceptuales corresponden, pues, por un lado las *estructuras sexuantes*; por otro las *vivencias sexuales* o, tal vez mejor dicho, *sexuadas*; por otro los *deseos* o el conjunto de la erótica; finalmente, los gestos y conductas de su amatoria: su *ars amandi*.

En dicho proyecto se inscribe el concepto de *pareja* por su valor de sinergia propia de los性os y, dentro del mismo, pero no sólo, el de *procreación* como forma concreta de hacer hijos. Plantar un árbol, escribir un libro o tener un hijo son, según el saber popular, formas distintas de continuar, de contribuir a la historia. En definitiva, de crear, que es lo que, en el lenguaje corriente, se expresa como “realizarse”.

Contar con estos campos conceptuales en el mapa equivale a poderse mover en ellos. La omnímoda presencia del término sexo y de su adjetivo sexual ha llevado a dejar de lado estos grandes contenidos inherentes a su estructura epistémica. Y es importante insistir: para moverse en el territorio, estos conceptos nos permiten una primera aproximación, unas primeras rutas de exploración.

5. Los planos de individuación

Por otro lado —y sin perder de vista esos campos conceptuales señalados— el mapa ofrece tres planos de individuación o, lo que es lo mismo, de progresiva singularización de los sujetos (*Véase, de nuevo, el cuadro*), en vertical, de Norte a Sur): el de los *Modos* masculino y femenino; el de los *Matices* heterosexual y homosexual; y el de las *Peculiaridades* que son, como se anota en el cuadro, una gran lista compuesta —por decirlo en términos comunes— lo que suele llamarse sadismo, masoquismo, exhibicionismo, fetichismo, etc. nombres que mantendremos, a pesar de la connotación sombría y, en ocasiones, horrorosa, que históricamente han llevado encima, especialmente desde las teorías menores.

Estos tres planos dan cuenta de cómo los sujetos —todos— siguen, de hecho esos modos; y, dentro de ellos, esos matices; y, a su vez, dentro de unos y otros, crean esas peculiaridades propias como tales sujetos concretos y diferenciados. Si hablamos de individuación estamos hablando de

diferenciación en todos sus intersticios y hasta sus últimas ramificaciones y consecuencias como tales sujetos sexuados. Es lo que ha sido llamado la cualidad porosa de la condición sexuada en los seres humanos: su gran plasticidad.

Aunque volveremos más detenidamente sobre estos tres planos en un capítulo siguiente, nos interesa ahora insistir en ellos dentro del mapa por su carácter transversal con relación a los campos conceptuales. En efecto, todos ellos pasan por éstos. Dicho de otra forma: podemos hablar de los modos, matices y peculiaridades de la sexuación, de la sexualidad, de la erótica, del ars amandi, de la pareja y de la procreación. Y ello explica la gran diversidad de los sujetos sexuados y sus consecuencias en las más variadas formas de vivir.

6. Las interacciones

Estos distintos campos conceptuales señalados forman, pues, con los planos de individuación una compleja red —podemos hablar de trama— que da cuenta de su estrecha y constante interacción. Las combinaciones resultantes entre ambos a lo largo de la biografía de los sujetos ofrecen, a su vez, variedades y diversidades de esos modos, como de los matices y las peculiaridades de cada sujeto.

Por ejemplo, siguiendo una célebre sugerencia de Iván Bloch, para visitar el territorio de los sexos con este mapa en la mano, podemos observar que un sujeto masculino —o, mejor dicho, preferentemente masculino puesto que también posee rasgos del otro sexo— es, al mismo tiempo, heterosexual y homosexual. O, dicho con más exactitud, también preferentemente hetero o preferentemente homo; y, sobre estas bases, ofrece las peculiaridades propias que sus procesos biográficos le deparen tal como se da cuenta de ello a través de los campos conceptuales señalados.

Por otra parte, si hacemos el recorrido por esos campos conceptuales —en horizontal, recuérdese, o si se prefiere, por seguir la metáfora, de Este a Oeste— podemos observar que estos rasgos se dan siempre combinados con el proceso de sexuación cuyas estructuras se crean, con las vivencias de dichas estructuras, con los deseos a partir de ellas y, finalmente, de las conductas y el sinfín de sus interacciones...

7. El entramado

Esto es lo que entendemos por complejidad: un verdadero entramado y que puede ser observado, analizado —al menos percibido— cuando en la intervención educativa o en ciertos ensayos experimentales, así como en el estudio detenido de ciertos casos que lo requieran, hasta llegar a las desmenuzaciones más nimias de sus aspectos o parcelas.

Como se recordará de un capítulo anterior, la primera generación de sexólogos elaboró un perfil del continuo de los sexos y sus estados intermedios —la intersexualidad—, según las nociones introducidas por Hirschfeld y la de los caracteres sexuales primarios, secundarios y terciarios, siguiendo la formulación de Havelock Ellis. La compa(r)tibilidad, decíamos también, era la nota más destacable de los sujetos sexuados. Ser sexuados es ser para la búsqueda y el encuentro con el otro. O sea, para convivir.

Ello permitió una primera aproximación que, sin recurrir a la noción de patología permitía hacerse una idea de las diversidades y sus consecuencias. Dicho de otro modo, sin convertir valores en anomalías. El entramado que aquí ofrecemos, teniendo en cuenta el anterior, permite algunas elaboraciones más para poder responder a mayores análisis. En todo caso, entendemos que aquél está incluido en éste.

8. Las rutas de estudio

La complejidad de este entramado ha generado el recurso didáctico de las rutas para no perderse en él y así poder abordarlo y explorarlo por dosis progresivas. Se trata de rutas de estudio para delimitar y así poder recorrer el campo entero con un cierto orden metódico. Además de las rutas, y siguiendo la misma metáfora, están las pasarelas y altos en el camino, así como los altos temáticos o paradas monográficas en las distintas rutas.

En *El Libro de los sexos* hemos planteado este recurso con más detenimiento. Destacamos a continuación dos de estos altos temáticos o monográficos por su especial interés en el conjunto: son las variedades y dificultades comunes. Y ofrecemos a continuación unas breves pinceladas sin menoscabo de volver sobre ellos con más detenimiento en un siguiente capítulo.

9. Las variedades

Frente a la simplificación o el simplismo del modelo antiguo del *locus genitalis* o a la del placer en su versión reducida al mismo *locus*, esta complejidad, generada por la idea de los sexos, tiene la ventaja de ofrecer muchas posibilidades para explicar o comprender la gran variedad de lo que sucede a los sujetos por su condición sexuada sin necesidad de recurrir inmediatamente a lo que se conoce como aberraciones, anomalías o patologías.

Ciertamente los grandes titulares han divulgado más los problemas, en sus distintas denominaciones, que los valores y cualidades que se derivan del hecho de los sexos. Desde la investigación básica se insiste en la conveniencia de tener más presentes éstos que aquéllos. El estudio de las combinaciones de los distintos campos y planos ofrece una gran riqueza de fenómenos que desborda con creces el desmesurado protagonismo otorgado a lo que se ha llamado normalidad.

Importa no confundir el mapa con las rutas. Se dan muchas y muy diversas rutas sin salir del mismo mapa porque éste ofrece muchas variedades. Menos aún, confundir éstas o sus dificultades con una patología —léase delictividad— convertida, en ocasiones, en el mapa general.

10. Las dificultades comunes

Si miramos nuevamente el mapa conceptual de la figura nº 6 se observará una *Addenda* a esos tres planos de individuación que da cuenta de las *dificultades o problemas* en cada uno de dichos planos. Es importante ver este añadido como una nota relativa a los tres planos y no como un plano más. Se trata de unas anécdotas relativas a los tres planos y no de una categoría más.

Dicho de otra forma: no se dan ni dificultades ni problemas en sí, sino dificultades o problemas en los modos, los matices y las peculiaridades de los sujetos. Lo que, a efectos prácticos, equivale a que no se puede dar ni tanto interés como se dan a las dificultades y a los problemas sino como añadidos a los modos, los matices y las peculiaridades que constituyen los planos con los que estos sujetos se configuran e individualizan.

El protagonismo que los trastornos o patologías han adquirido —sin duda por efecto de las teorías menores y los restos y vestigios de la teoría del *locus genitalis* no replanteada— constituyen una excrecencia adosada a la idea que no corresponde con la idea moderna de los sexos. Frente al miedo a esta excrecencia exige una afirmación fuerte de la noción de dificultades comunes por encima de la de patología. Como tendremos ocasión de ver más adelante, se trata de extraer las consecuencias de la idea de los sexos, más allá y por encima de la antigua del *locus genitalis* y sus escombros.

El concepto moderno de sexo, tras la idea de los sexos es, pues, complejo. Pero es esta complejidad la que permite explicar la gran dosis de variedades y diversidades que ofrece, así como las posibilidades de intervención ante sus dificultades o, en su caso, ante sus problemas.

VII

LOS MODOS

Decir masculino o femenino es la forma más extendida de decir sujetos sexuados. Por cierto, ninguno de los dos adjetivos han sido significativos antes de la Época Moderna. Es sabido que lo más frecuente ha sido plantear funciones —naturales o sociales— y de ahí el protagonismo de denominaciones tales como macho o hembra, así como de sus estados sociales: casados, solteros, célibes, etc.

Esto no quiere decir que los términos no existieran sino que el gran momento de su ascensión ha tenido lugar a finales del siglo XIX y comienzos del XX, coincidiendo con el avance del paradigma de los sujetos sexuados. La obra en que fue planteado por primera vez es *Man and Woman* de Havelock Ellis, Londres, 1894. Los modos proceden de las identidades y sus dimensiones; no de sus funciones, sean éstas naturales o asignadas.

1. Masculino y femenino

El masculino y el femenino, o a la inversa —tanto monta— constituyen los dos modos de ser de los sujetos sexuados. Por definición o por razón de sexo, son más de uno que de otro sexo —recuérdese la noción de intersexualidad— y, por ello, se identifican con uno y no con otro puesto que no puede nadie identificarse con los dos.

-Qahimus

El hecho de que, dentro de los modos, se den muchas modalidades —léase modas, modelos o modales— explica que todas ellas no son sino modulaciones de los dos modos, lo que les hace, por ello, más y más referenciales.

Igualmente, el hecho de que en la actualidad se traten los modos como estereotipos es un espejismo que impide ver su consistencia. Se necesita buscar cómo se construyen éstos y no sólo quedarse en sus valoraciones especialmente negativas para, luego, tratar de suprimirlos como discriminatorios y dejar al sujeto plano y sin diversidades como un páramo o erial. Sabemos lo que no queremos pero importa buscar y explicar lo que deseamos. Y, tratándose de sujetos sexuados, los deseos son su valor máximo

2. Los dos modos

Tal como vimos en un capítulo anterior, el género humano —la condición humana— se compone de dos性os: de dos sujetos sexuados. Y son éstos los que forman el núcleo de los grandes interrogantes para sus identidades, relaciones y organizaciones.

No es ya necesario reiterar que el sujeto del que aquí se trata no es el sexo sino el sexo de los sujetos, o sea, los sujetos sexuados. Y de ahí el valor del masculino y el femenino que es como encontramos ese universal en el sujeto concreto. Los modos son, pues, consustanciales e inseparables de los sujetos sexuados. Y es en ellos en los que encontramos el sexo como concepto de referencia.

Se puede hablar del género humano, pero sólo podemos saber o afirmar cosas a través de sus modos sexuados. Estos no son, pues, fundamentalmente ni estereotipos ni roles —papeles o normas— independientes de los sujetos que se ponen o se quitan mediante lemas de cambios para hacer de todos personas o sujetos asexuados. Los modos, masculino y femenino, son constitutivos de los sujetos por serlo de sus identidades. Se hacen o se deshacen, lo mismo que los sujetos.

Si es cierto que nadie suele decir que es sexuado, sí lo es que se siente masculino o femenino. O, lo que es su sinónimo, hombre o mujer. Y si la cadena simbólica o de significaciones es grande, importa no olvidar la base que crea y sustenta sus entidades. Los modos de ser masculino o femenino pertenecen, como los derechos, a los sujetos, no a las colectividades. De ahí el interés de partir de éstos.

3. Sexuadamente

Estos modos, como es bien sabido, no se construyen de golpe o por obra de unos productos extraños, nombrados con frecuencia biológicos, sino de forma biográfica, es decir, a través de un lento y tortuoso proceso de sexuación. Si recurrimos a la gramática y usamos el adverbio que corresponde a los sujetos que se hacen sexuados, éste es *sexuadamente*.

Este adverbio que ha solidado pasar desapercibido u oculto tras otro que, a su vez, ha sido llevado a otras significaciones, es precisamente un adverbio de modo o, mejor dicho, propio de estos modos y por ello es posiblemente el que mejor puede dar cuenta de esta construcción gradual y progresiva, lenta y compleja. Nadie se hace sexuado de la noche a la mañana.

Es bien conocida la célebre expresión de Simone de Beauvoir, ya aludida, con la que abre el volumen II de *El segundo sexo*: “La mujer no nace mujer, se hace”. Y todos usan ya la expresión paralela que, a partir de ésta, se ha generalizado: tampoco el hombre nace hombre, se hace. Uno y otro sujeto no nacen, se hacen adverbialmente.

Frente a un uso desproporcionado del adverbio *sexualmente* para indicar acciones, este otro —*sexuadamente*— resulta imprescindible si se quiere no olvidar la compleja construcción de las estructuras sexuadas y sus identidades. Y, por añadidura, candidato a sustituir al otro por los efectos de las estructuras sobre las acciones. La expresión de Ortega “Yo soy yo y mis circunstancias” tiene aquí su aplicación. No hay yo sin circunstancias, ni a la inversa.

Decir sujeto sexuado, como ya quedó indicado, equivale a decir masculino o femenino puesto que son estos los modos de sexuarse, sentirse y expresarse como tales sujetos sexuados. Por eso equivale a un pleonasmo. Pero, dado que éste, a fuerza de ser dicho, ha terminado por no contar, será necesario ese pleonasmo y, además, el adverbio. Es, pues, imprescindible el uso de este adverbio si se quiere no perder la base de la construcción sexuada de los sujetos.

4. Una construcción compleja

El escaso uso de los recursos gramaticales —y en concreto de este adverbio: sexuadamente— ha tratado de ser reemplazado por la insistencia de otros recursos, tales como la continua alusión a elementos sexuantes de otros órdenes como es el caso de los cromosomas y sus genes o las hormonas y sus efectos, por citar algunos de los más socorridos. O los llamados traumas psíquicos cuando se trata de problemas que no encuentran explicación en aquéllos.

Pero un sujeto humano —e insistimos, humano— no es sólo obra de sus genes o sus hormonas, sino sobre todo, de sus sustantivos y adjetivos, sus verbos y sus adverbios, es decir, de la gramática y sintaxis con la que construye y desarrolla su modo de ser y estar en el mundo con los otros. No se trata, por tanto, de excluir unos u otros elementos, sino de darlos un orden de prioridad e importancia. La insistencia en unos elementos sobre otros hace que nos fijemos más en unos que en otros. O, por usar los términos del autor de *El gen egoista*, el interés por los *genes* ha dejado en la incuria el sitio e interés de los *memes*.

Esta construcción de los modos de sexuarse, eminentemente grammatical y lingüística —o, si se prefiere cognitiva; en todo caso, la propia de la condición humana—, revela, a su vez el interés del mismo verbo sexuar(se) en un escenario de acción e interacción en el que los sujetos se masculinizan o feminizan, sexuando, a su vez, su entorno y relaciones, sus modos de ser con los modos de otros.

No es, pues, extraño concluir que una mujer se sitúe en el mundo y lo viva en femenino o un hombre lo viva en masculino. Pero esta conclusión final no puede impedir tener en cuenta que no es sino una conclusión: una formulación resumida de su compleja construcción.

5. Entre el orden genérico y el genético

La afirmación de la primacía grammatical sobre otras puede parecer exagerada. Es importante recordar que se trata de identidades de hombres y mujeres no de funciones de machos y hembras; y que se trata de la condición humana, no de dotaciones de la naturaleza. La distinción de estos niveles ayuda

a comprender la posible formulación o exageración relativa a la idea de los sexos que nos acompaña.

En ella lo básico y fundamental es el orden simbólico y de significación, no dado por la naturaleza sino connotado por los mismos sujetos. La exageración, pues, puede que sea de un exceso de biologismo que no se ha resignado a perder un poder antiguo y que no le corresponde. Tras el paradigma moderno, se trata de un nuevo orden y de su resituación. (Esta discusión sobre la primacía del punto de vista trae consigo debates muy conocidos y en los que no es nuestra intención entrar por excesivamente notorios).

Por otra parte, al ser estos modos objetos de intrigas, amores y guerras, se ha tratado de hacer del status de esos dos modos un foco de intereses del que cada parte se lleva los suyos. Unos los consideran estáticos, inamovibles como datos de la naturaleza; otros como estereotipos, roles o papeles destinados a cambiar continuamente. De ahí las opciones y las consecuencias. Pero entre el orden genérico —de género— y el genético —de genes— se sitúa la idea de los sexos.

Desde la idea de los sexos y los sujetos sexuados, son éstos los objetos de interés. No se trata de ir contra los excesos del generismo ni del biologismo sino de la consideración de otro recurso explicativo que es la presencia de la biografía en la condición humana. Es esta biografía la que dota a la bios de ese plus que nos permite hablar de otras cualidades y, por lo tanto, de otros valores.

6. Sobre la moda genérica

En este sentido y aunque sea de paso, puede afirmarse que la teoría menor conocida como perspectiva de género está fuera del paradigma de la sexuación de los sujetos y por eso crea contradicciones cognitivas, es decir a la hora de hacerse una idea de los sexos.

Como se recordará, los movimientos feministas —en especial los angloamericanos— de los años setenta introdujeron el término género para sustituir al de sexo por considerar a éste con excesivo peso biológico y escaso contenido social. En lugar de considerar el valor del sexo biográfico prefirieron huir de él, lo que trajo su equívoco teórico y, a partir de él, un sinfín de errores prácticos y estratégicos.

En todo caso ésta puede ser una muestra de cómo unas transposiciones lingüísticas, aparentemente nimias e insignificantes, pueden organizar un caos conceptual y, en consecuencia, estrategias prácticas de gran deriva en torno a las identidades y las relaciones de los sujetos por las ideas que se hacen de ellas.

Las confusiones se han extendido tanto por el lado de una supuesta individualidad genérica como por el de la igualdad sexual, ambas impensables y, por lo tanto, irrealizables. La primera, porque se trata de una identidad sexuada y ésta no es óbice, al contrario, para ir contra la desigualdad social. Y la segunda, porque la igualdad social puede plantearse con más eficacia desde identidades epistemológicamente sólidas más que desde estereotipos flotantes.

Por otra parte, tanto la individualidad sexuada de los sujetos como la sexuación de la sociedad son dos valores y no dos rémoras. Importará, pues, ser consciente de los valores nuevos para no menoscabarlos.

7. Sobre un tercer sexo y ningún sexo

Otras alternativas que se han planteado, si bien minoritarias, frente a los modos masculino y femenino y sus problemas, podrían ser llamadas, como ha sido el caso, fantasías: la primera es la idea de creación de sujetos que no son ni masculino ni femenino al que se lo ha llamado *andrógino*. La segunda es la alternativa de la supresión de los sexos, lo que se ha denominado con el término anglosajón *queer*. Una y otra vía tienen puntos en común: prescindir de los sexos como referencia o buscar vías fuera de las identidades y dentro de los roles.

La vía de la androginia fue planteada como un ideal de educación o formación de los roles en la década de los años setenta. Sandra Bem fue su impulsora desde la entonces recién creada perspectiva de género, distinta al clásico —y fantaseado— andrógino del que se habló desde la Época Clásica. La androginia —o ginandria— se presentó, pues, como un ideal feminista para compensar las grandes diferencias de los papeles masculinos y femeninos. Se plantearon igualmente estrategias y entrenamientos para llevar adelante esta noción de androginia desde la más tierna infancia.

El debate sobre la noción introducida a través del término *queer* ha resultado algo más minoritario y se ha planteado en el escenario de los

movimientos gay bajo un tinte eminentemente posmoderno. Judith Butler fue una de sus propulsoras con su tesis de la abolición de las identidades por razón de sexo, es decir de hacer tabla rasa de la condición sexuada. Y se trataba de la abolición de las identidades por razón de sexo, así como de toda referencia hetero u homo.

El término *queer*, elegido como banderín de esta corriente —subcorriente, a su vez, de la perspectiva de género—, quería decir raro y extraño; pero, sobre todo, neutro: ni una cosa ni otra. Y, al mismo tiempo ambas. Indefinido.

Frente a estos movimientos la afirmación del filosofema de los sexos, hecha por Fraisse pareció en su día una ingenuidad. El tiempo le ha dado la razón como la respuesta de solera ante la emergencia de derivas sinfín fuera del paradigma de los sexos.

8. Sobre algunos tópicos de uso

En esta lenta y tortuosa construcción de los modos se han conjugado igualmente una serie de equívocos que han tenido repercusiones visibles. Son, por ejemplo, los relativos al machismo, como excrecencia del macho, o su paralelo simétrico, el hembrisimo, como excrecencia de la hembra, en alza cuando la crítica al machismo ha arreciado y que permiten continuar con nuevas o renovadas batallas, brotes de la antigua guerra.

O, como ya vimos, mediante la confusión del par de la igualdad y la diferencia cuando sabemos que no es con la diferencia con la que se trata de casar el par de la igualdad sino el de la desigualdad y que esta desigualdad es de otro orden, no del de los sexos.

Tampoco podemos extrañarnos de que la construcción de la masculinidad y feminidad cree estos y otros equívocos. Se trata de valores que tocan de cerca a los sujetos y sus entretelas lo mismo que a la sociedad en la que viven. Por eso son objeto de debates, a veces encendidos, incluso apasionados. Sus consecuencias no son banales. Y por eso son tópicos, es decir, lugares comunes a los que recurrimos con frecuencia. En definitiva, todos tenemos algo que ver en ellos.

9. El debate del poder

Al ser estos modos de la masculinidad y la feminidad objeto de intrigas e intereses varios, han tratado de plantearse desde un status o teoría del poder. Se ha hablado del poder masculino hasta socavarlo y, finalmente, suplantarlo por el femenino, tomando estos modos de ser como se tomaron las clases o grupos sociales en lucha por una hegemonía del uno sobre el otro.

El problema de fondo es a quién interesa prestarse a esos juegos de poder al estilo antiguo o si pueden verse desde otros parámetros que les son propios y, desde ellos, ser capaces de transformar esos mismos criterios antiguos de poder. En todo caso, marcar límites para el análisis permite ver algunos hilos de estos debates interpuestos.

La clave de poder es comprensible desde una consideración antigua del sexo, pero no coincide con la moderna episteme y el paradigma de los sujetos sexuados. Desde éstos, tanto la formulación como sus estrategias son otras. No es ya necesario recordar una vez más el por qué y el para qué de los sexos, si bien ahora en lo que concierne a sus modos concretos de ser y de sentirse, vivirse y expresarse, así como en la función que en dichos modos juegan los deseos de los sujetos. Se trata de un paso más allá de los respetos u obligaciones coactivas.

El discurso propio de los sexos no es el discurso del poder. El discurso de los sexos está en su propio planteamiento como sujetos sexuados. A partir de ahí la pregunta básica no es “aquí quién manda en quién” sino “quiénes somos tú y yo, qué buscamos en nuestra relación y cómo organizamos y gestionamos nuestra identidades y deseos”

10. El discurso de los sexos

Si es incuestionable que ante los poderes públicos somos ciudadanos y nos regimos por las leyes generales, es importante constatar que nuestras relaciones sexuadas se rigen por nosotros y nuestra privacidad e intimidad. En los últimos años el exceso de protección hacia un sexo ha dejado al otro desprotegido. Algunas leyes, basadas en esos criterios del poder, han casi traspasado, si no traspasado de hecho, algunos límites que requieren esos mismos criterios del

poder. Se trata de nuevos abusos del poder en nombre de un protecciónismo hacia las mujeres como en otro tiempo fue usado ese mismo poder para su exclusión. Son los excesos del poder.

Desde la teoría de los sexos se ha sugerido la necesidad de dispositivos de referencia distintos a los criterios del poder mediante los cuales este poder pueda ser contrarrestado evitando sus excesos. Está claro que habrá solapamientos entre tales dispositivos y los dispositivos del poder. Ninguno de estos dispositivos suprime la complejidad de las relaciones, pero pueden contribuir a vivirlas más razonablemente y, por lo tanto, a no aumentar los principales conflictos que se dan en ellas cuando éstas son vistas desde criterios de poder.

Estos dispositivos recuerdan algunos similares a los usados para la organización de la convivencia política en el sistema democrático como es el caso de los tres seguidos desde Montesquieu y sus cauces para la dilucidación de los respectivos problemas sin perder su referencia básica común. Un planteamiento moderno de los sexos necesita nuevos recursos emanados de él. Recurrir directamente a los criterios de poder equivale a hacer caso omiso de este planteamiento: o sea, a anularlo y actuar como si no existiera. La modernización de los sexos tiene este reto abierto y a la espera de innovación.

Si la práctica del asesoramiento ha Enriquecido su campo de intervención con muchos recursos, la gran divulgación sigue sin haber tomado en serio estos planteamientos y sigue recurriendo masivamente a los viejos recursos de la voluntad y el poder o de ambos juntos en lo que ha dado en llamarse, por usar la expresión de Foucault, “la voluntad de poder”.

Es bien sabido que la gran preocupación del autor de la *Historia de la sexualidad* (Edit.Siglo XXI) no era el entendimiento de los sexos sino la proliferación de los discursos y sistemas de poder. Y lo que aquí nos ocupa no es el poder sino los sexos. Si ciertamente la separación de ambos discursos resulta difícil, bueno es, al menos, plantear por separado ambos discursos y llamar poder a lo que es poder y sexo a lo que es sexo.

VIII

LOS MATICES

Con excesiva frecuencia se ha confundido el plano de los modos —masculinos y femeninos— con el plano de los matices —hetero y homo—. Y, lo que es más grave, se han reducido los matices a las patologías. De esa forma, los matices han sido neutralizados y, en ocasiones, eliminados.

Todos conocemos el interés y la necesidad de contar con los matices cuando se trata de un campo complejo como es el de los sexos, así como el riesgo que supone trazar en él líneas rectas, excluyendo los rodeos y las curvas. Si los atajos tienen el riesgo de las derivas, en este caso éstas han sido modélicas.

1. Hetero y homo

También con frecuencia se ha privilegiado a uno de los matices sobre el otro. Más que privilegiado, se ha optado por la hetero y se ha condenado la homo, recluyéndola al orden de la desviación y la patología. Esta alteración de planos ha llevado a una confusión de los conceptos sometidos a los mismos criterios de exclusión y tajancia normalizadora.

Se trata de cuestiones que tocan hondamente las identidades de los sujetos y sus imaginarios. También sus emociones y sentimientos. Por eso la sensibilidad moderna, atenta a la dignificación de los sujetos por el hecho de ser tales, recurre con frecuencia a la reivindicación de los derechos de todos. Pero sabemos que la base que sustenta los derechos es el hecho de la diversidad, en ese caso sexuada, por ser por razón de sexo. Lo que hace necesario no pasar por alto este capítulo de los matices.

Con frecuencia se tiende hoy a despachar la homosexualidad afirmando su normalidad social y luchando por ella como en otro tiempo fue calificada de desviación o enfermedad y, por ello, excluida del mapa general. El paradigma de los sujetos sexuados ofrece una explicación propia y no la de ser una excrecencia. Tanto la hetero como la homo son matices de los modos.

2. La clave *inter*

Si, en lugar de referirnos a campos conceptuales y planos de individuación, habláramos de gramática y sintaxis, podríamos decir que el prefijo que sustenta la base explicativa de la existencia y coexistencia de los dos matices en todo sujeto sexuado es producto de la *inter* y no de la *bi*.

Siguiendo el axioma de los sexólogos de la primera generación, a comienzos del siglo XX, los sujetos sexuados lo son en el continuo de los dos性. La noción de intersexualidad, como vimos también, explica este ser entre los dos性 y con referencia a ellos. Pero los sujetos no son hetero u homo como son masculinos o femeninos. Se trata, insistimos, de no confundir los planos de los modos con los de los matices.

Se ha podido extender el espejismo de que todos somos bisexuales para indicar que todos somos de los dos性. Para explicar ese fenómeno contamos con el concepto de *intersexualidad* y no es necesario el de *bisexualidad*, entre otras razones porque aquél, y no éste, ofrece la riqueza de la interacción y no su simple adosamiento. Menos aún su mezcla difusa, léase, confusa o de “totum revolutum” por el que se concluye que todos somos todo y da igual una cosa que otra.

Este espejismo del “totum revolutum” ha podido servir como un recurso usado por los defensores de la homo para atacar a la hetero por invasora sin dejar sitio para aquélla ante la imposibilidad de otras vías esclarecedoras. Pero en el plano de los conceptos este recurso no resiste un análisis básico. En el edificio del HSH hay sitio para todos sin necesidad de exclusiones.

Lo útil, pues, es buscar el acomodo con el debate y el consenso en torno a los datos y sus conclusiones. Y lo que ofrecen los datos gira en torno a la noción de intersexualidad. En efecto, como se recordará, es esta noción la que,

junto con otras como el continuo de los sexos, los caracteres sexuales y la compa(r)tibilidad, constituyen un sujeto sexuado.

3. A un paso de la indefinición

Este recurso o paraguas del “totum revolutum”, que ha sido planteado como línea de exploración por algunos sectores de la cultura gay de corte postmoderno bajo la seducción de lo indefinido y difuso, se ha revelado cada vez más cerca del neutro, como negación de lo afirmado, que de la precisión sexuante. No hace falta recordar que estamos hablando de matices.

Durante la década de los años ochenta y noventa las incursiones en ese estilo conocido y nombrado como *queer* ha ofrecido ese producto exótico que una serie de autores —recuérdese a Judith Butler— han formulado como “tormenta del género” (*gender trouble*). Por usar el lenguaje postmoderno: a un paso de la nada existencial. O, usando otro, también de este sector, el sub-cero categorial.

El *queer* ha tenido, pues, poco que ver con la hetero y la homo. Y ha terminado por centrar el debate en el otro plano, tal como vimos en el capítulo anterior, al tratar de los modos masculino y femenino. De ahí la necesidad de aclarar y separar, también de acentuar, ambos planos para comprender no sólo la construcción del masculino y el femenino sino la hetero y la homo dentro de ellos.

Si es cierto que la tradición ha llenado ambos planos de grandes confusiones, en la actualidad tenemos ya materiales explícitos para su comprensión por separado. La identidad de los sujetos sexuados pertenece predominantemente a los modos, más que a los matices, que son sólo comprensibles en ese marco o plano.

No hay, pues, identidades homosexuales o heterosexuales, de entrada, y sin pasar por las masculinas o femeninas. Importa subrayar que acentuar la importancia de los modos no aminora el interés de los matices; al contrario, los esclarece y refuerza. Los matices son matices de los modos, como éstos son precisiones de las identidades que, a su vez, proceden de los sujetos sexuados.

4. La cuestión epistemológica de la homosexualidad

Por otra parte, en la conceptualización de estos dos matices no se trata tanto de respeto o dignidad, de derechos y deberes, cuanto, en primer lugar, de la epistemología de los sexos, es decir de cómo los sujetos sexuados, masculinos y femeninos, son, a su vez —y sin perjuicio de este plano— heteros y homos, en qué proporciones y cómo.

De lo que se trata es, pues, de la misma voluntad de entender o explicar estos matices. Ése es el gran punto de interés distinto al de la justificación para la cual algunos han recurrido a la historia y a las distintas culturas para buscar cómo en todas ellas se han dado y se dan estos matices. Otros, a su vez, han dado un repaso a todas las especies de la naturaleza y sus conductas.

Pero la suma de argumentos no altera la argumentación. Y aquí de lo que se trata es precisamente de otra argumentación. Si todo ello resulta ilustrador, el punto, insistimos, que más nos interesa aquí es el epistemológico. O, por decirlo, de forma más operativa, el de los conceptos y las teorías que tratan de explicar ambos matices, no sólo uno. Si la heterosexualidad no ha preocupado por haber sido bien vista y sin discusión, ello no obstante que resulta de un gran interés para el científico, aunque no lo sea para el clínico. Es, por otra parte, la clinicalización de estos fenómenos la que ha conducido la investigación y dejado de lado la pregunta central: cómo se hace un sujeto sexuado con sus distintas variedades.

Para responder a esta pregunta, que es distinta a las planteadas habitualmente sobre si tales o cuales variedades son o no son normales, necesitamos otra clase de datos. Por cierto, en las últimas décadas esos datos han empezado ya a surgir precisamente desde fuera de la clínica, lo que resulta enormemente aportador para lo que aquí nos ocupa.

La tolerancia se nutre del conocimiento. Y las actitudes necesitan conceptos.

5. Conceptos y teorías

Si, desde los conceptos, entramos en los contenidos, el concepto de erótica es el que más y mejor explica los matices: cómo se construyen los deseos de los sujetos y sus orientaciones: en unos, hacia el otro sexo; en otros hacia el mismo.

El concepto de erótica no está en contradicción con el de sexuación sino en combinación con él. Los sujetos se sexuan y esto de formas variadas. Los deseos se sexuan con la sexuación y por ello son portadores de muchas variedades. El resultado es un sujeto sexuado hetero u homo.

El concepto de sexuación da cuenta, por su parte, de la diferenciación y creación de diversidades sexuadas —por razón de sexo—, fin que —no hace falta insistir— ha sido confundido con excesiva frecuencia con el de la reproducción.

El moderno paradigma del sujeto sexuado plantea esta innovación radical, o sea, de raíz, y de modo muy distinto al viejo *locus genitalis* y su teoría del mismo nombre. Recuérdese que la teoría erótica planteó el encuentro de los sexos por encima de la reproducción y al margen de ella.

Los conceptos y teorías invitan a la sistematización y articulación que, frente a la fragmentación de los distintos aspectos por separado, ofrecen sus respectivos encajes. Sucede como en el caso de las muñecas rusas: unas encajan en otras y no se excluyen. Pero hace falta una paciente manera de hacer para que todas y cada una encuentren su lugar.

6. Lo que queda por hacer

El gran peso de problemas —desde los trastornos orgánicos a los psicopatológicos— con los que la homo ha sido cargada no ha permitido fijar la atención en cómo sucede y se articula sin que tengamos que recurrir a los criterios diagnósticos de sus anomalías. La noción de normalidad ha sido engrosada, junto con la de vicio o enfermedad, para justificar la exclusión y afirmar una sola vía correcta, allí donde sabemos que hay más de una.

Ver la homosexualidad como el resultado de un foco de trastornos o ella misma como un trastorno ha significado un inmenso retraso científico y social que ha impedido comprenderla dedicando el esfuerzo a su tratamiento y dejando de lado sus contenidos y valores.

Ser un sujeto sexuado, con sus modos y matices, no es ser un sujeto enfermo cargado de unidades diagnósticas. En este caso como en otros. En la actualidad hasta los tratados más pesados se han visto obligados a alterar sus páginas sobre la homosexualidad. Esto forma ya parte del pasado. Por este gran fardo de la patología pueden ser explicadas las gran parte de las cada vez más espectaculares protestas organizadas de las últimas décadas. La pregunta ahora es si es posible, tras estos cambios, hablar más de criterios explicativos que de reivindicación y revuelta.

Esta es la pregunta con la que nos encontramos hoy y que las jóvenes generaciones están llamadas a responder. Una sociedad avanzada y plural necesita organizar sus bases conceptuales y sus conocimientos sin lo cual la tolerancia puede no ser sino un ligero barniz que se quita como se pone.

Es necesario, por otra parte, reconocer que, tras la retirada de la gran patología que ha dominado la homosexualidad, nos hemos encontrado con muy pocos datos construidos. La mayor mancha para la comunidad científica y profesional es que esa retirada ha necesitado tanto esfuerzo social. Y esto debería ser un punto de reflexión para que lo sucedido no se repita. Pero es necesario dar pasos nuevos, pasar página y abrir otra fase distinta.

7. Tras las celebraciones

Durante las últimas décadas del siglo XX, desde aquel 1969 y los sucesos de Stonewall hasta aquí, los movimientos homosexuales han “salido del armario” y se han presentado en sociedad; se han dado una denominación nueva —gay—; han puesto de manifiesto una cultura y sociedad, un estilo de vida; han celebrado fiestas y han tomado barrios y zonas en las grandes urbes; han extendido sus mensajes propios...

La sociedad entera ha podido constatar no sólo su inocuidad sino que reclaman sus derechos civiles como otros reclaman los suyos. Piden respeto y dignidad lo mismo que ellos respetan a los otros. Quieren ser ellos como otros son ellos. Esta gran eclosión a la que hemos asistido puede ser el comienzo de una nueva fase.

Queda, pues, como una invitación, reconstruir el itinerario de estos matices y sus rodeos en la orografía del mapa general. Un trabajo para el que

cada vez contamos con más materiales pero que está ahí a la espera de ser articulado y cartografiado dentro del conjunto y no al margen de él. Ello evitara la creación de guetos y militancias, así como la instauración de nuevas formas de marginación que recuerdan de otro modo las anteriores.

De esta forma podrá ser aprovechada esta ocasión como una gran contribución de los matices a la cultura de los sexos.

IX

LAS PECULIARIDADES

Siguiendo los planos enunciados —y cada vez más individualizados—, éste de las peculiaridades da cuenta de una gran lista de variedades, fruto tanto de la sexuación como de la sexualidad, pero, sobre todo, de la erótica y el *ars amandi*; aunque, finalmente —por aludir a los seis grandes conceptos expuestos—, también de la pareja y la procreación.

La base epistemológica de las peculiaridades son, pues, como se recordará a propósito de los matices y los modos expuestos en anteriores capítulos, el producto de una combinación entre las ordenadas y las abscisas, tal como fue expuesto en el mapa conceptual.

1. Singularidades

Suele admitirse que no hay dos sujetos sexuados iguales o idénticos. Pero sacar las consecuencias de esta afirmación nos lleva lejos. El choque de estas particularidades individuales con las generalidades ha contribuido a fomentar extrañezas. De ahí también las disonancias cognitivas que suelen producir. Y de ahí también los problemas concretos que suelen crear para su comprensión en la vida general de los sujetos.

Esta pormenorización que nos lleva a considerar a cada sujeto como tal sujeto —éste—, en lugar de verlo como una abstracción o uno más de una serie, es un procedimiento que requiere estudio y observación. Detenimiento, en suma. La singularidad de los sujetos es su máspreciado valor de afirmación y deseo. No se olvide que hablamos de sujetos sexuados.

Algunas de estas peculiaridades han sido históricamente negadas o, como vimos a propósito de los matices, asimiladas con anomalías y trastornos. Por

ello este capítulo resulta imprescindible para separarlas y poderlas contemplar por sí mismas. Por otra parte, frente a la frecuencia con la que se recurre al argumento de los prejuicios para explicar muchas de estas peculiaridades, mantenemos la tesis de la necesidad imprescindible de recursos epistemológicos por entender que sólo estos son capaces de acercarnos a la comprensión de tales realidades. De ahí que la noción misma de peculiaridad sea, ella misma, imprescindible.

2. Los deseos polimorfos

Las peculiaridades han sido vistas tradicionalmente bajo la amenaza de los miedos. Pero sabemos que los miedos no son sino la otra cara de los deseos y su inmensa polimorfía. Eros, en definitiva. Los deseos de los sujetos sexuados, lo mismo que sus estructuras, son enormemente lábiles y sutiles. Por eso son muy variados. Y también frágiles; es decir, muy vulnerables.

No es de extrañar que algunos resulten temerarios y productores de miedos. Pero su conocimiento es el único sistema capaz de aminorar su magnitud. En ocasiones los miedos se plantean como preguntas que, al no encontrar respuestas satisfactorias, se acumulan formando temores mayores. Su acumulación hace aumentar éstos en un imaginario ya tradicional cantera de más miedos.

Por ejemplo, el deseo de sentir placer unido al sufrimiento o en connivencia con él. O de causar sufrimiento, léase sumisión al otro. O de crear situaciones chocantes y fuera de lo acostumbrado para escandalizar y sorprender —asustar y amedrentar—, o simplemente sorprender con el deseo de probar conductas tabúicamente consideradas prohibidas.

Todas estas formas, y muchas más, no son sino formas variadas de los deseos sexuados, incluyendo en ellos sus inseparables acompañantes: las sensaciones o emociones, así como los afectos o sentimientos. Eros es sorprendente. Y libre. A veces, caótico y, en ocasiones, no sometible a órdenes. Pero sabemos que no es tan imprevisible como se suele temer, especialmente porque los deseos de los que se trata son comunes y conocidos; y, en la mayor parte de los casos, explicables, o sea, razonables.

3. Los dos mundos

Frente a la idea de que los deseos son insondables, planteamos la otra: que la mayor parte de los deseos son comunes y comprensibles por todos. La idea de la abundancia de deseos inconfesables e ignotos se ha estrechado cada vez más a medida que ha avanzado su conocimiento. Otra cosa distinta es su gestión y realización. Pero contamos también con un recurso habitualmente conocido y usado: por un lado, los deseos razonables son realizados en lo posible y, por otro, los no realizables —por las razones que sea— son almacenados en el imaginario y, en su caso, realizables en la fantasía.

Unos y otros pertenecen a los mismos sujetos. Son sus productos. Y, por ello, pueden ser gestionados por ellos. Todos los sujetos están dotados de esos dos mundos y se trata de administrarlos y no confundirlos, pero también de no rechazarlos ni temerlos en nombre de los miedos.

La creación de miedos y su fomento ha sido una estrategia conocida para la evitación de esos deseos o de su realización tanto en la fantasía como en la realidad. Frente a esta estrategia, otra es más viable: ver las combinaciones posibles. Cuando hablamos del carácter razonable de los deseos queremos aludir a su lógica y razón. Se ha extendido demasiado la identificación de los deseos con la irracionalidad. Por eso es importante acentuar su carácter razonable.

4. La lista de peculiaridades

Algunos nombres de estos deseos figuran en una lista especial por sus contribuciones a este capítulo de las peculiaridades. Se podría decir que se trata de una lista de honor porque es un honor haber contribuido al avance de su conocimiento, si bien un sector ha preferido situarlos en el capítulo de las perversiones y abominaciones, lease de las depravaciones morales o patologías psiquiátricas.

Algunos de estos nombres están en boca de todos, aunque no siempre para bien. Sade, por ejemplo. O Sacher-Masoch. Son nombres, por otra parte asociados con dos de esas peculiaridades —sadismo y masoquismo—, ofreciendo una gran cantidad de materiales para su conocimiento. Ambos

fueron escritores y, como tales, expusieron sus fantasías para tematizar sus respectivos deseos peculiares. En ocasiones realizaron algunas, aunque fueron las menos. Y de ahí sus complicaciones, si bien dieron pie a toda clase de elaboraciones fantasiosas, a su vez.

Otros son menos célebres por este motivo pero también asociados a estas peculiaridades. Puede pensarse en Lewis Carroll, más conocido como el autor de *Alicia en el país de las maravillas*, o Vladimir Nabokov, el autor de su célebre *Lolita*. Estos nombres suelen ser ya clásicos en referencia a la Paidofilia o Pederastia. Otras peculiaridades, en fin, no tienen nombres fundacionales o representativos y sólo se han mantenido por el término asociado con sus propias conductas o fantasías estereotipadas como sucede con el fetichismo de objetos, olores, sabores, etc. O con el exhibicionismo.

De otros nombres sólo se habla en situaciones muy anecdóticas como sucede con el caso del Caballero de Eón para dar nombre al gusto por el transvestismo. Y así podíamos continuar la lista con otros términos o nombres tales como la necrofilia, la coprolalia, etc., etc..

No hace falta decir que el hecho de que esta lista haya sido divulgada no tanto como peculiaridades curiosas cuanto como patologías peligrosas y bajo sus criterios, forma parte de la lista misma por ser precisamente un repertorio de desviaciones o parafilias, tal como suelen ser llamadas en la actualidad, es decir, deshechos para ser intervenidos más que peculiaridades dignas de consideración, incluso de cultivo. Se ha elegido lo peor, lo cual no es precisamente lo más razonable. Por eso tampoco tiene por qué extrañar que su posible utilidad haya sido cambiada por la amenaza de su peligrosidad.

5. Las estigmatizaciones

Por otra parte, el hecho de que esta lista haya sido dada a conocer desde las teorías menores, más que desde las mayores ha dado como resultado un aumento de miedos, o mayores miedos —aunque hayan sido con una intención protectora—, así como una estigmatización que se ha retroalimentado de forma indefinida y desorbitada.

Esta estigmatización ha sido de tal volumen y con una insistencia tan grandes que se han convertido míticamente en la encarnación del mal. Se ha querido apartar el mal del bien y de esa forma se ha echado todo el mal a un

sitio hasta desbordar. Por otra parte, su ya manida denominación de perversiones las ha hecho tan aversivas que muchos se han cuidado de situarlas bien separadas de cualquier parecido con su vida para apartarse de cualquier mezcla o sombra de mezcla con ellas.

Pero, como todo intento de separar lo bueno de lo malo en bloques —o los buenos de los malos— tampoco éste coincide con la complejidad de la condición humana y menos aún con las interacciones de los sujetos sexuados, formados por continuos y no por bloques separados. Por eso sus resultados no son neutros: no sólo no contribuyen a comprender lo que sucede, sino a reforzar aún más lo que se teme.

Es el efecto paradoja a través de la atracción de la curiosidad, la intriga y la transgresión. La industria publicitaria y la pornográfica han sabido explotar y comercializar estas facetas que la educación general ha despreciado, lo que complica aún más su clarificación en una madeja de intereses enredados entre los cuales los sujetos tratan de ser lo más ellos mismos que pueden saliendo también lo más airoso que pueden de este laberinto.

6. El carácter común de los deseos

Sin embargo, sucede que uno de los rasgos más elocuentes de las peculiaridades a las que aquí nos referimos es el hecho de ser comunes a todos los sujetos y no particulares de algunos, aunque, de hecho no todas se den en todos ni en las mismas proporciones.

Lo que han hecho los casos o los nombres célebres antes citados ha sido ilustrarlas en grado extremo, es decir, modélico. Entender estos grados extremos no impide ver que, en ciertos grados, esos componentes de los deseos son comunes y forman la inmensa variedad de la que éstos se componen.

Nadie es un malvado por tales deseos. Lo que sucede es que los deseos contienen esos materiales de variedad. La malignidad se ofrece en su caricatura y ésta es siempre una exageración, una desproporción. En la primera generación de sexólogos, Havelock Ellis ofreció una gran cantidad de materiales de este estilo procedente de sujetos comunes, no de sujetos clínicos. Su análisis se encuentra en su *Simbolismo erótico* de 1904. Por su parte, en la segunda

generación de sexólogos, Kinsey en sus *Informes* dejó bien plasmado otra gran cantidad de deseos de este estilo, a veces con intento de realización, en otras no.

En los años sesenta, el psiquiatra sueco, Lars Ullerstan, lanzó su célebre manifiesto —*Las minorías eróticas* (Edit. Grijalbo) — dirigido a sus colegas de la Psicopatología, sobre la necesidad de una reconsideración de esas minorías curiosamente mayoritarias. Hoy podemos afirmar que lo más negro de esa lista negra en la que estos deseos ha sido el hecho mismo de catalogarlos de ese modo en esa lista, es decir, el hecho de mezclar y confundir los trastornos con las peculiaridades bajo una misma etiqueta en la que éstas no pasan de ser manifestaciones menores de aquéllos para tratar a todas por igual.

7. La lista negra

Queda, pues, la denominación de lista negra de forma permanente: de ella salen unos nombres y otros entran. Su fin es protegerse de los miedos frente a las peculiaridades de los deseos en lugar de estudiarlos más y conocerlos mejor y así integrarlos, incluso aminorarlos. Por eso se habla, se sigue hablando, de deseos normales, por un lado, y de deseos anormales o peligrosos, por otro, en lugar de hablar de deseos comunes y, dentro de ellos, de deseos peculiares que no son, de entrada, anormales sino, insistimos, comunes y, por lo tanto, ajenos a los fantasmas de la peligrosidad atribuida, si se estudia más su forma de gestión.

Una gran parte de los contenidos de esa lista negra se han vaciado a la vista de que no eran sino miedos. Pero la creación de estos miedos, tal como ha expuesto Alex Comfort —*Los fabricantes de angustia*, Edit. Gedisa— se renueva constantemente. Se puede decir que unos bajan y otros suben. Muchos de los nombres que han salido de las listas han sido asumidos y vividos corrientemente por los sujetos sin que sucedan la gran cantidad de maldades con las que habían sido asociadas.

Frente a los miedos que salen de esta lista negra están los que que ingresan en ella. Salieron, por ejemplo, algunos tan dispares como la homosexualidad y el onanismo, la felación o el cunnilingus. Han entrado otros como las conductas de violencia llamada sexual y la pederastia o los abusos que hoy baten el record de escándalo y alarma social y que, como es sabido, han sido planificados para que el grosor de la lista negra se mantenga. Los métodos antiguos han fallado.

Y no está probado que los recursos penales, hoy tan seguidos, sean una estrategia eficaz y educativa. Los indicadores apuntan, más bien, hacia lo contrario.

Estudiar esto con detenimiento y desde fuera de los lugares comunes ofrece sorpresas que hacen pensar en las manipulaciones de los deseos más que en su consideración respetuosa. En una operación de retroceso espectacular se hacen en la actualidad listas negras no sólo de peculiaridades convertidas en parafilia sin de sujetos bajo la sospecha de su peligrosidad por estas estigmatizaciones. Esta espiral de desconcierto genera a su vez efectos que, mirados bajo el mismo ángulo de la sospecha, confirman la profecía perversa de la que parten.

8. El dispositivo de la doble vía

Por eso cada vez puede verse más beneficioso y eficaz el dispositivo, antes aludido, del que dispone todo sujeto, conocido como de la doble vía. Desde él estos pueden vivir esos deseos sin más transcendencia que ser el resultado de una fantasía o pueden, en otros casos, vivirlos en su relación con el otro.

La utilidad de este dispositivo consiste en posibilitar la realización de deseos que, de otro modo, podrían crear complicaciones diversas y de manera especial con relación a algunos deseos conocidos como transgresores, chocantes o peligrosos.

Cómo y cuándo usar este recurso de la vía de la fantasía y cómo combinarle con el de la vía de la conducta constituye uno de los puntos del máximo interés práctico, a condición de admitir, previamente, la existencia y el conocimiento de dicho dispositivo teórico como recurso. Si este dispositivo es usado con buenos resultados en intervenciones de asesoramiento y tratamiento en la casuística ¿por qué no extenderlo en la educación general de los sujetos? Esto permitiría vivir las peculiaridades de una forma lo más razonable posible. La clave está, decíamos, en su gestión, no en el miedo y, desde luego, tampoco en su desconocimiento.

9. Entre la amenaza y la invitación

Todo ello nos lleva a plantear el interés de la denominación de peculiaridades en la línea de los matices y los modos. Ser un sujeto sexuado no es ni una enfermedad ni un peligro. Es una dimensión de la condición humana hecha para convivir. Para ello hace falta organizar la convivencia contando con esa dimensión y no sólo temiéndola como una amenaza.

Las peculiaridades, como los matices y los modos, dicen relación a los distintos conceptos enunciados en el mapa general. Aquí nos hemos detenido de una forma especial en los conceptos de erótica y *ars amandi*. Más complejas, pero igualmente descriptibles son las peculiaridades relativas a los otros conceptos.

El interés reside en dar cuenta de la particularización propia de los sujetos sin recurrir a los criterios de anormalidad o perversión, léase de degeneración, siguiendo la teoría menor que lleva su nombre. La gran variedad y la diversidad de estas particularizaciones tiene una base explicativa en la complejidad de la sexuación de los sujetos. Sería, pues, importante seguir ésta antes de recurrir a otras por muy minuciosa que pueda parecer.

Algunos parten de la base de que todo sujeto es potencialmente una amenaza para otro. Existe la otra tesis: todo sujeto es para otro una invitación al encuentro. Las peculiaridades plantean de forma exponencial el filo de este desafío. Y si en la organización de la convivencia sabemos que la teoría de la amenaza lleva al ataque y la defensa frente al otro, también, siendo razonables, hemos descubierto la vía de la negociación, menos simplista y que ofrece otros resultados. La cuestión, también aquí, está en la teoría.

No haría falta añadir que del mismo modo que los teóricos de la política han desarrollado teorías por las que hoy nos guiamos en la práctica—pensamos en Hobbes (y su principio de *todos contra todos*) y en Kant (y en su axioma de la *pax perpetua*), por citar dos grandes referencias—, los teóricos de los sexos y su convivencia han puesto de manifiesto estas otras teorías que pueden servir.

10. El debate sobre el filo

El planteamiento de las peculiaridades mantiene desde hace mucho su debate con el de los trastornos y, por añadidura, los delitos. Al margen de la confusión entre las peculiaridades y los trastornos y al margen de que toda

peculiaridad sea o no un trastorno o una perversión, léase una parafilia, el diálogo entre la sexología y la psiquiatría ofrece vías de consenso siempre que se sigan unas reglas de diálogo o debate.

Por un lado, pues, los sujetos salen ganando al acentuar sus singularidades porque ello equivale a dar importancia a sus formas propias de deseo y, por otro, se plantea la pregunta sobre cuándo estas peculiaridades dejan de ser tales para pasar a formar parte de la categoría de trastornos.

Existen claves básicas que se resumen en el axioma siguiente: cuando en lugar de contribuir a sentirse bien contribuyen a sentirse mal o a hacer sentir mal a otros. El debate de los expertos sobre este punto se traduce en el recurso a la educación de los sexos para el conocimiento necesario y para que estos criterios puedan ser tenidos en cuenta.

Ganar terreno para el concepto de peculiaridades es sustraerlo al de los trastornos. La generalización de los trastornos hasta anular las peculiaridades es el mayor perjuicio que puede ocasionarse al ni siquiera plantear este debate. Si los trastornos existen y son un hecho, las peculiaridades existen y son un hecho también.

* En todo caso, en sexología conviene no olvidar el axioma de Havelock Ellis: entre los sexos se da más potencial cultivable que trastornos curables. De ahí la riqueza de los modos, los matices y las peculiaridades.